

pasaje de Gn 46,1-5. Asimismo, José habla de la promesa de la tierra hecha a los patriarcas (Gn 50,24). Con ello, se entra en un mundo de nociones que originariamente fue ajeno a la narración. La «gran liberación» que Yahveh dispuso (Gn 45,7), apunta ahora a algo más que salvar del hambre a una familia: concierne al misterio por antonomasia del acontecimiento bíblico salvador³⁷.

Otros contenidos. Todas las situaciones por las que fue pasando José traducían para el lector problemas de acuciante actualidad en el tiempo y época del narrador. Se intentaba reflejar en él un paradigma para el presente. En la persona de José, en efecto, se refleja la imagen de un joven y de un adulto con educación esmerada, disciplinado, creyente.

José es, al tiempo, un funcionario cortesano. Se pregunta G. von Rad, «¿qué podía conocer el Israel de la época de los Jueces sobre las posibilidades y problemas de una vida de esa clase?»³⁸. En todo caso, queda claro que la tarea más importante de un funcionario palaciego era la elocuencia. Había de ser capaz de desarrollar un discurso o de dar un «consejo» (cf. 2 S 17,1-13).

La historia de José se interesa por el ideal educativo. Señala G. von Rad que podríamos acompañar todos los pasos de su conducta con citas de sentencias sapienciales³⁹, tanto en el terreno político como en su autodomínio o en su fe. El relato de José y la mujer de Putifar nos lleva al ámbito, más restringido, de la moralidad.

En Israel, la imagen de un joven que llega a las más altas funciones, se vuelven a esbozar otra vez en los relatos sobre Daniel; sobre todo en Dn 1. Entre ambos relatos hay puntos de contacto, pero también hay grandes diferencias.

Como se dijo, los pasajes donde José habla de Dios tienen un sentido programático para la comprensión del relato en conjunto; acusan una intención didáctica. Estos son 45,5-7 y 50,20s. Ambos aluden a una acción salvadora de Dios profundamente escondida en una mundanidad radical. Esta intervención divina para liberar al hombre impregna todos los niveles de su existencia, y hasta abarca la malignidad de los hombres poniendo al servicio de los objetivos divinos los proyectos del corazón humano sin contrariarlos ni disculparlos. Es, pues, el corazón humano el campo más destacado sobre el que se ejercen la providencia de Dios y su gobierno.

³⁷ Cf. G. VON RAD, *El libro del Génesis*, o. c., 537s.

³⁸ *Ibid.*, 534

³⁹ *Ibid.*

Seguridad y confianza en el Nuevo Testamento

Rev. Aragon. Teol. 6 (1997)

José Ignacio Blanco Berga

Introducción

La búsqueda de seguridad y de seguridades es tan vieja como la propia historia de la humanidad. En el mundo bíblico aparece ya en los mismos inicios del pueblo de Israel cuando, al salir de Egipto, se tiene que enfrentar a la aventura de la libertad en el desierto y prefieren volver a la seguridad de las cebollas de Egipto aunque ello supusiera renunciar a una vida libre.

Por otro lado, la experiencia religiosa es un ámbito que facilita enormemente esta tendencia del ser humano a la seguridad de lo que se puede controlar cuando las preguntas básicas aparecen en el horizonte de la vida: ¿de dónde vengo? ¿a dónde voy? ¿hay vida después de la muerte? ¿qué hacer con la angustia de nuestra finitud?

Los profetas del AT ya advirtieron de los peligros que conllevaba el deseo de utilizar a Dios para solucionar estos problemas. El NT lo afronta, no sin dificultad, pero con la suficiente claridad, a la luz del acontecimiento «Jesús», como para poder ofrecernos unas pistas de discernimiento en unos momentos en los que los deseos de buscar seguridades no sólo se reducen a la vejez, al plan de pensiones, a las amenazas de robo o de que nos ataquen; ni solamente a las amenazas contra la seguridad nacional (ideología que hace tanto daño en países del Tercer Mundo y del Primero) o al gasto que en seguridad realizan todos los países; sino que, además, se sigue pretendiendo «asegurarnos» a Dios para que garantice nuestros desmanes, incluso a nivel religioso. El presente trabajo no pretende más que advertir, a la luz del NT, de la diferencia entre una y otra realidades y esbozar algún criterio que nos permita discernir si nuestros procesos creyentes se van fundamentando en la confianza o, quizá solapadamente, en la búsqueda de seguridades de cualquier tipo.

1. Breve aproximación lingüística

1.1. Seguridad

El NT conoce y emplea pocos términos para expresar la *seguridad*. El más utilizado es el que constituye el campo semántico de la palabra *asphal-eia/es/os*. Dos veces en el evangelio de Mt (27, 64; 27, 65); una en el de Marcos (14, 44). En los tres casos se refiere a la custodia del cadáver de Jesús. En el cuerpo lucano aparece 6 veces (una en su Evangelio y cinco en los Hechos). Lucas lo emplea en el sentido del griego clásico que lo aplica como «seguridad», «veracidad» referido siempre al ámbito del co-

nocimiento. Pablo lo utiliza en dos ocasiones: en 1 Tes 5, 3 en relación con la venida del día del Señor y contiene una significación de seguridad que se opone a la incertidumbre de la llegada de ese día. Flp 3,1 habla de seguridad con respecto a las instrucciones de Pablo con respecto a la comunidad que encuentra apoyo y seguridad en los escritos del apóstol. Heb 6, 19 aporta un matiz interesante al hablar de una «esperanza segura y firme (*bebaie*)» poniendo así en relación la seguridad con la esperanza.

Se desprende del campo semántico una mayor preponderancia del sentido de estos términos a favor de la seguridad en el campo del conocimiento que en el afectivo, aportando así un matiz de «veracidad» más que de confianza existencial.

Insólita por confusa es la traducción de la «definición de la fe» que aporta el texto litúrgico del ciclo C en el 19º domingo del tiempo ordinario. Esta «definición de la fe» aparece en el c. 11,1 de la Carta a los Hebreos: *estin de pistis elpizomenon hypostasis pragmaton*, traduciendo *hypostasis* por «seguridad»: «la fe es seguridad de lo que se espera». La palabra *hypostasis* aparece cinco veces en el NT¹ y el origen de este término, según Köster, H.², pertenece casi exclusivamente al lenguaje científico y médico: «lo que se deposita en el fondo de forma natural» (sedimentos, posos, etc). En el uso lingüístico común significó en la Grecia clásica la «realidad» que está por debajo de las apariencias. En los tres pasos de Heb (1,3; 3, 14 y 11,1) designa siempre la «realidad» de Dios que está en contraste con el carácter transitorio, sombrío o solo reflejado del mundo. Una realidad que, de forma paradójica, se encuentra en Jesús y se convierte, bajo forma de fe, en posesión de la comunidad. Por ello, creo más conveniente atribuir a este término el sentido de «fundamento» que el más confuso de «seguridad».

1.2. Confiar

El vocabulario neotestamentario utiliza el verbo «*peithein*» para expresar esta acción del ser humano. En su voz activa y en todos los tiempos, excepto en el perfecto, significa «persuadir» y «convencer», «inducir» (con palabras persuasivas), «encantar» (con las palabras) y, por ello, también «corromper». Falta un término hebreo que corresponda a este verbo griego, aunque *pépoitha*, que contiene la idea de confianza sí es frecuente en el AT griego³.

La voz pasiva, *peithomai*, significa en el NT: «fiarse», «tener confianza», «contar». También «dejarse convencer» o «persuadir» y, por ello, «creer» o «consentir» en el sentido de ser obediente, de cuya idea llega a ser sinónima.

El perfecto activo de este verbo, *pépoitha*, significa «haber conseguido confianza» lo que implica un sentido de «tener confianza en», «confiar firmemente en», «fiarse de», «contar con». El valor del perfecto incluye la idea, en la lengua griega, de

¹ MOULTON, M.A. – GEDEN, A.S. "Concordance to the Greek Testament". Ed. T&T Clark Ltd. Edimburg, 1978.

² KÖSTER, H. "Hypostasis". Grande Lessico del Nuovo Testamento (GLNT). vol. XIV, cols. 705–750. Ed. italiana a cura de Montagnini ed altri. Ed. Paideia. Brescia, 1965.

³ BULTMANN, R. "Peitho – pépoitha". GLNT. Vol. IX, cols. 1351 y ss.

que la acción, ocurrida en el pasado, mantiene su efecto en el presente (p. ej.: «ha resucitado» es una acción que tuvo lugar en el pasado, pero su efecto perdura en el presente). Por ello, el efecto de haber confiado perdura en el presente.

Este término tiene un correlativo hebreo en *bth* y derivados. Para los traductores de la versión griega de los LXX, *bth* contiene las ideas de confianza y esperanza. En esta traducción veterotestamentaria, *pépoitha* traduce especialmente *hsh*: buscar refugio. Aparece 37 veces en el texto masorético (TM). Traducido 20 veces en LXX por «*elpízein*», pero 10 veces por «*pépoitha*». El «hapax» de Is 30, 3, *hasut*, es traducido por *pépoitha*. Así «buscar refugio» contiene, secundariamente, la idea de confianza.

El verbo *pépoitha* aparece 18 veces en el NT. 4 veces en los sinópticos (de las cuales la de Mc 10, 24 aparece en algunas variantes textuales de los unciales A,C,K,X...). Sólo en Mt 27,43 hace referencia explícita a la confianza en Dios en el marco de la crucifixión.

Las restantes menciones corresponden a Cartas paulinas y una cita a la Carta a los Hebreos (2, 13). Una vez en Rom (2, 19); 3 veces en la 2 Cor (1, 9; 2, 3; 10, 7); 6 veces en Flp (1, 6; 1, 14; 1, 25; 2, 24; 3, 3; 3, 4); una vez en Gal (5, 10); otra en 2 Tes (3, 4) y otra en Fil 1, 21.

De estas 18 menciones de la acción de confiar, tres tienen a Dios como destinatario de la confianza (Mt 27, 43; Flp 1, 6 y 2 Cor 1, 9). En cuatro ocasiones (Gal 5, 10; Flp 1, 14; 2, 24; y 2Tes 3, 4) el destinatario es el Señor, que para Pablo es Jesucristo. El resto de las menciones se refieren más a la confianza como expresión de un sentimiento cuyos destinatarios son unas veces personas y otras ciertas realidades. En estos casos la confianza se acerca más a la expresión de un deseo o de un convencimiento.

Este acercamiento lingüístico permite entrever la dificultad que brota de la propia experiencia humana para expresar una realidad que es, a la vez, psicológica y espiritual. Pero no deja de llamar la atención que el NT hable tan poco de la confianza en Dios y/o en Jesucristo cuando el AT la ha hecho objeto de tantas menciones, especialmente en los Salmos. También es sintomático que el NT contraponga, en estas escasas menciones, la confianza en Dios y/o en Jesucristo con la confianza en las propias fuerzas o en uno mismo. Un principio de explicación lo da Bultmann⁴ al afirmar que «la confianza en Dios en momentos difíciles del AT se ha convertido en fe». Esto vendría a decir que la confianza en Dios es entendida ahora en un sentido radical que comporta para el hombre la absoluta renuncia a la seguridad en las propias fuerzas. Por lo tanto, para Bultmann, la fe sería una radicalización de la confianza en Dios.

2. Seguridad y confianza en el NT

La preponderancia del conocimiento como objeto de la seguridad en el NT induce a pensar que esta disposición del ser humano es concebida por los autores del

⁴ Ibid. cols. 1363-1371.

NT como veracidad de los contenidos evangélicos y otros escritos. De esta forma, los escritos neotestamentarios y las ideas por ellos expresadas tenderían a dar seguridad a quienes se adhieren a dichas enseñanzas prevalentemente en el campo intelectual.

Con respecto a la confianza nos encontramos que el NT utiliza este término para expresar un mismo sentimiento con objetos diversos: unas veces Dios (lo que nos acercaría más al ámbito de la fe) y otras veces personas u otras realidades (lo que nos acerca más al ámbito de la experiencia psicológica existencial). En esta percepción el NT no es ajeno a lo que, en la actualidad, las ciencias humanas y, especialmente, la psicología nos van poniendo de manifiesto: que, mediante la confianza, la realidad del mundo, el curso de los acontecimientos y el trato con nuestros semejantes aparecen como realidades de las que nuestro instinto de conservación puede esperar algo bueno y, en cualquier caso nada malo⁵.

Seguridad y confianza, como sentimientos básicos y necesarios para la estructuración del yo, tienden a ser sinónimos en psicología. Que el niño se sienta seguro cuando percibe algo como amenazante para su conservación permite que vaya adquiriendo seguridad en sí mismo y en los demás, o lo que es lo mismo, que vaya adquiriendo la confianza existencial básica en sí y en la realidad que lo circunda. De esta forma su yo personal va consolidándose gracias a experimentar estos sentimientos básicos. El niño no aprende a ser seguro mediante grandes teorías o discursos sobre la seguridad. Lo aprende cuando, sintiéndose amenazado por el hambre, la sed, el sueño, el dolor o lo desconocido, *experimenta* la cercanía de alguien. Lo mismo podemos decir cuando descubre que hay alguien que es merecedor de su confianza. Como en el amor pasa con la confianza: no se consigue más que dándola. Por ello, el niño todavía incapaz de darla la conseguirá en la medida en que le sea dada previamente. Por ello, el Dios de la Biblia aparece como digno de confianza, porque Él la dio primero al pueblo de Israel y a personas concretas.

Dicho esto, quiero volver al contexto del NT. La seguridad en estos escritos se refiere a la veracidad que les atribuyen sus autores y, por tradición, la que le otorgamos los creyentes. La confianza, sin embargo, hemos visto que tiende a adherir un sentimiento a otras realidades pero también personas: Dios, los filipenses, otros cristianos u otras realidades.

Este progreso en la concepción permite un principio de distinción entre seguridad y confianza en los escritos neotestamentarios: la seguridad afectaría más a los contenidos intelectuales de los escritos mientras la confianza afectaría no sólo al contenido intelectual (veracidad que me invita a confiar en lo escrito) sino además a la persona o personas que lo escriben y de quien lo escriben, facilitando el paso hacia la experiencia que engloba todo el NT y que es la condición básica para que el encuentro con Jesucristo se produzca: la fe (*pístis/pisteúo*).

A este respecto me parece importante resaltar que los vocablos griegos formados con la raíz *pist-* derivan del verbo griego *peithomai*⁶ (*confiar en*, como hemos

⁵ LERSCH, Ph. *La estructura de la personalidad*. Ed. Scientia. Barcelona, 1971. p. 212.

⁶ BULTMANN, R. o.c. vol. X, cols. 337-488.

visto). Por ello, ya en la raíz lingüística encontramos una cierta conexión entre confianza y fe, como un camino en progresión hacia ésta.

2.2. Hay una contraposición en las expresiones de Pablo que refleja un itinerario del apóstol especialmente significativo: la confianza en Dios frente a la confianza en uno mismo o en las propias fuerzas. El carácter de oposición que Pablo percibe en el objeto de su confianza expresa no sólo la existencia de esas dos posibilidades, sino la necesidad de optar por una de ellas en el proceso creyente.

La confianza en las propias fuerzas abarca, para Pablo, ámbitos diversos de su persona y, en ellos, a todo su ser personal y creyente. Él ha experimentado, como judío creyente y observante, el atractivo de confiar en sus propias fuerzas derivado de su formación judaica. A esta confianza Pablo la llama «*pepoíthesis en sarkí*» (confianza en la carne) en una carta en la que abre su corazón como es la dirigida a los Filipenses (3,4ss). Los elementos que aporta también son significativos para comprender lo que Pablo entiende por propias fuerzas (o «carne»): confianza en su pertenencia (linaje) al pueblo de Israel por la circuncisión, por el lugar de nacimiento y confianza en la ley por su condición farisea; esta fe le hizo ser perseguidor de la Iglesia y comunica a los filipenses su irreproachable observancia de la ley.

Esta experiencia de Pablo pone al descubierto cómo las realidades más arraigadas en la persona humana constituyen, en un momento del proceso, basura comparado con el conocimiento de Cristo Jesús (Flp 3,8). Pero el hecho de que no sólo sea consciente de sus raíces, sino que no se arrepienta de ellas, expresa también la necesidad de que esas experiencias de confianza básica en uno mismo y en los demás (su pueblo en este caso) existan. Hoy sabemos, gracias a las ciencias humanas, que sin una confianza básica mínima en uno mismo y en los demás y en la vida no se puede construir una persona y, por lo mismo, es imposible «ser» un creyente. La experiencia de encuentro con el Señor le ha hecho *reconducir* esa confianza no hacia sí mismo, sino hacia Dios y a Jesucristo; pero sin esa confianza previa en sí, ¿hubiera podido actuar la gracia de Dios para madurar la confianza de Pablo? La experiencia actual no parece avalar esta tesis. Ni la tradición más genuina de la Iglesia cuando afirma que la Gracia no actúa sin contar con la naturaleza.

Pero Pablo, en su segunda Carta a los Corintios (1,8ss), aporta también un ejemplo bastante claro acerca de cómo la amenaza de muerte que pone en peligro su instinto de conservación, es elaborado por él de forma que le lleva a fundamentar aún más su experiencia de confianza en Dios. De esa forma vemos cómo una experiencia amenazante y que hace perder la esperanza de vivir se convierte en trampolín no para el suicidio, sino «para que no confiemos en nosotros mismos, sino en el Dios que resucita a los muertos» (1,9).

Pablo pone de manifiesto cómo aquello que para nosotros es el ancla de salvación (nuestras raíces, nuestra propia religiosidad, la propia salud e, incluso, la propia vida) no termina de salvarnos. Antes bien, cuando estas realidades son puestas en aprietos o en cuestión pueden ser aprovechadas por la Gracia para hacernos crecer en la confianza en Dios que, salvando incluso de la muerte, se opone a la confianza en nuestras propias fuerzas. Esto los judíos lo sabían muy bien y lo ejercitaban

y hacían cumplir: si observas la Ley, haces la voluntad de Dios y, así, tienes a Dios controlado con tus propias obras. Peligro que ha pasado a la experiencia cristiana: si cumples los mandamientos de Dios y de la Iglesia, Dios te premiará con la vida eterna; si desobedeces, resucitarás para la condena. ¿Es ésta menor voluntad de querer controlar a Dios y su salvación gratuita?

El dinamismo de la confianza en Dios nos obliga a poner en cuestión nuestras «seguridades»: ideológicas (también las religiosas), afectivas, de salud, de querer tenerlo todo controlado... incluso a Dios que es el peor de los deseos de manipulación. La confianza nos es posible porque hay alguien que se ha hecho digno de nuestra confianza y porque, a la vez, nosotros podemos confiar en él. Cuando descubrimos que Dios se ha hecho digno de confiar en Él porque nos ha amado hasta el extremo, entonces Dios es un Tú con el que podemos establecer una relación de confianza que, con su ayuda, desembocará en fe. Pero si pretendemos «utilizarlo» para nuestros intereses porque vivimos inseguros (intelectual o afectivamente) o porque conviene a nuestros deseos de poder o de prestigio, estaremos haciendo de esta relación no una relación con un Tú, sino «idolizando» a Dios y haciendo del proceso de la confianza y de la fe un sistema de seguridad que nosotros podamos controlar. Y ahí nos encontramos un pecado contra la fe, bajo la apariencia de ser buenos y cumplidores cristianos.

3. Conclusiones

Seguridad y confianza tienden a confundirse en la interpretación del NT. No obstante, los términos empleados para designar ambas realidades son diferentes, prevaleciendo la seguridad para los contenidos intelectuales o del ámbito del conocimiento y dirigiéndose la confianza al ámbito de las emociones que incluye no solamente un destinatario, digamos, intelectual, sino más bien personal: unas veces es Dios o Jesucristo, en otras ocasiones son otras personas o realidades que son objeto de un deseo en cuya realización se confía.

Cuando la confianza tiene como destinatario a Dios o a Jesucristo, Pablo expresa una confianza trascendente que tiende a constituirse en fe. De ahí podemos destacar la importancia de la confianza en Dios como camino hacia la experiencia de la fe en Dios y en Jesucristo, convirtiéndose la persona humana en creyente, fiel, lo cual remite a la capacidad de Dios y de Jesucristo de haberse hecho dignos de la fe de los creyentes⁷ por el misterio de la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo a quien, frecuentemente, se designa en el NT como «*pistós*» (en su sentido pasivo: «ser digno de fe»).

La contraposición entre confianza en Dios y/o en Jesucristo y las propias fuerzas indica pistas para el discernimiento del proceso creyente. Cualquier realidad personal, intelectual, afectiva, social, política, religiosa puede ser objeto de la confianza

⁷ BULTMANN, R. – WEISER, A. *Pístis/pistós*. GLNT, vol. X, cols. 337-488.